

Hay alguien nuevo en clase





Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria

Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de Medellín

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

ISBN: 978-628-96735-0-0
Primera edición: diciembre, 2024

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Equipo de educación y pedagogía:
María Clara Ramírez Gómez
Jessica Sepúlveda Arbeláez
Santiago Restrepo Vélez
Susana Velásquez Velásquez
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Ilustraciones:
Sofía Londoño Patiño

Corrección de estilo:
Daniela Perrone Martínez

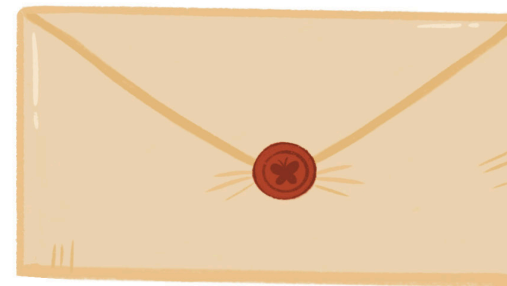
Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Calle 51 # 36–66, parque
Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.





Hay alguien
nuevo en clase

Por las mañanas, antes de ir al colegio, Daniel atravesaba rapidísimo la sala, se despedía de su papá y corría a tomar el bus. Se levantaba muy tarde y casi siempre tenía que “volar” para no llegar después de que cerraran la puerta. Todos los días era lo mismo: llegaba al salón, se sentaba en su silla y, con los audífonos en los oídos, esperaba a que comenzara la clase.

No se consideraba un estudiante particularmente sobresaliente: cumplía con sus tareas y eso era todo. No tenía muchos amigos, así que no hablaba en clase; nunca se inscribió a un curso de baile, ni a la banda, ni al fútbol. Los descansos los pasaba escuchando música o conversando con Mila, una niña que siempre estaba hablando de idols y practicando su coreano (que no era muy bueno, a decir verdad).





Al regresar a su casa, le subía el volumen a la música y, cuando terminaba las tareas del día, se tiraba en la cama a ver los últimos trends. En la noche, en el momento en que su papá servía la comida, hablaban poquísimo y volvían a sus cuartos.

Y todo empezaba de nuevo al día siguiente...

—¿Cómo te fue ayer? —le preguntaba Mila de vez en cuando.

Ella quería poner algún tema de conversación, sacarle algunas palabras.

—Normal —respondía Daniel.

—¿Qué es normal?

—No sé, nada nuevo, supongo.

Pero, sin que nadie pudiera imaginarlo, un día la rutina se rompió. Al llegar al colegio, Daniel entró al salón y, en el momento en que se sentó, el profesor llegó con un nuevo estudiante.

—Clase, quiero presentarles a Alex. Es nuevo en el colegio, así que, por favor, háganlo sentir bienvenido.

Junto al profesor estaba un muchacho alto, de pelo oscurísimo. Alex tenía una sonrisa tímida y una mirada cálida que inmediatamente captó la atención de Daniel. Aunque él no entendió por qué, no podía apartar la vista de su nuevo compañero. Cuando Alex se dirigió a su asiento, que estaba justo al lado, el corazón de Daniel comenzó a latir más rápido.

—Hola, soy Alex —dijo, extendiendo la mano.

—Ho-hola, soy Daniel —respondió, tomando la mano de Alex con una sonrisa nerviosa.

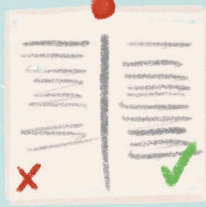
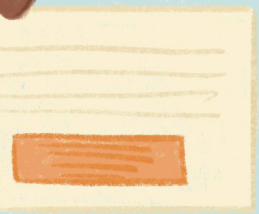
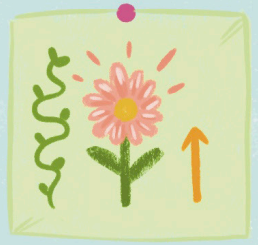
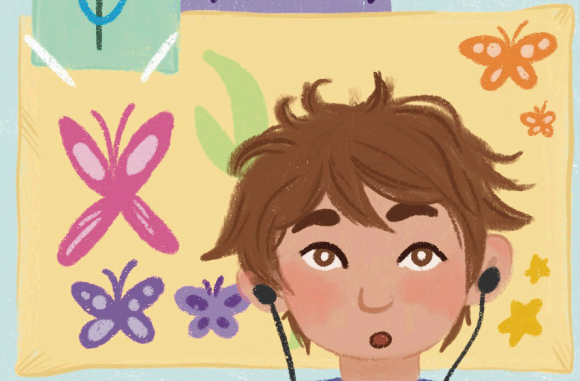
Durante las clases, Daniel no podía concentrarse. Cada vez que miraba de reojo a Alex, le llegaba una sensación cálida en el pecho. En el recreo, Alex se acercó a Daniel y a Mila, quien inmediatamente comenzó a hacerle preguntas sobre sus ídols favoritos, a lo que el muchacho nuevo respondió con una carcajada, pues no entendía nada.

—Entonces, Alex, ¿de dónde venís? —preguntó Mila, mientras Daniel escuchaba atentamente.

—De Bogotá. Mis papás consiguieron trabajo aquí, así que, bueno, aquí estoy —respondió Alex con una sonrisa.



$$\sqrt{2+(3 \times 2^2)}$$



La mañana siguiente, su papá supo que algo había cambiado. Daniel se levantó más temprano y no atravesó corriendo la sala, sino que lo encontró frente al espejo, peinándose.

—¿Vos arreglándote el pelo? —le preguntó con una sonrisa cómplice—. ¿Para dónde vas, pues?

—¡Ay, papá! Para dónde va a ser... Para el colegio.

—Pero si vos nunca te peinás. Decime la verdad —bajó un poco la voz—: ¿te gusta una niña?

—¡Pa! Solo me quise peinar.

En realidad, Daniel tampoco entendía muy bien por qué, solo sentía que debía hacerlo, que debía verse bien.



Cuando entró al salón, saludó a Mila y se sentó ansioso por ver a Alex otra vez. Al verlo entrar, se acomodó en su silla y lo saludó tímidamente.

—¡Buenos días, muchachos! —dijo la profesora—. Para el taller de hoy, necesito que formen parejas.

Antes de que pudiera decir algo, Mila se agarró de la mano de otra compañera, dejando a Daniel solo. O no...

—Podemos trabajar juntos, si quieres —escuchó que dijo Alex.

—Sí, claro... —le respondió Daniel, como si le diera lo mismo.





Pasaron todo el día juntos, terminaron el taller y siguieron conversando, contándose cosas. En los ojos de Alex, Daniel vio un brillo que no conocía, que nunca había visto antes.

A medida que pasaban los días, Daniel y Alex se volvieron inseparables. Compartían risas, secretos y momentos que hacían que Daniel se sintiera más vivo que nunca. De vez en cuando, al caminar, los dedos de sus manos apenas se rozaban y a Daniel se le revolvía el estómago.

Pero no podía decirle nada. No podría admitir, ni en mil años, que le gustaba ese muchacho. No podía admitir, mucho menos, que le gustaba un muchacho.

Su papá lo veía pensativo, con un brillo que nunca le había visto, pero más callado de lo normal.

—¿Todo bien en el colegio?

—Sí, muy bien —dijo—. Mejor que nunca.

Y no mentía. Se sentía tan feliz que iba a clases, aunque tuviera fiebre.

Un día, mientras caminaban a casa, Alex se detuvo y miró a Daniel a los ojos.

—Daniel, hay algo que quiero decirte —dijo Alex, con una mezcla de nervios y determinación en su voz.

—¿Qué pasó, Alex? —preguntó Daniel, sintiendo su corazón latir con fuerza.

Pero Alex guardó silencio, con las mejillas claramente ruborizadas.

—Que me gusta tu peinado —fue lo único que dijo.

Daniel sabía que era mentira, que eso no era lo que quería decir, pero no dijo nada. *¿Qué tal si él siente*



lo mismo? ¿Qué pasa si yo también le gusto? Pero se sacudía la idea. Esas cosas no pasan. Los niños no se enamoran de niños.

Tan pronto llegó a su casa, corrió a su habitación, tomó una hoja suelta y comenzó a escribir:

—Querido Alex... No, así no. Muy cursi. Alex... Muy seco.

Se quedó horas tratando de escribir una carta. Entre las letras confesó todo lo que sentía, lo que pensaba, el miedo que le daba. Estaba seguro de que nunca la entregaría, pero necesitaba sacarlo de su pecho.

Hasta que un mensaje llegó a su celular.

Era Alex.

—Hola, Dani.

—Hola.

—¿Podemos hablar?

—Claro, ¿sobre el trabajo de mañana?

—No... Sobre otra cosa.

Otra vez: el corazón de Daniel dio un tumbo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Alex, ¿cuál?

Se demoró cinco minutos escribiendo, pero no enviaba el mensaje, lo que enloquecía a Daniel.

—¿Hay alguien que te guste?

—Sí... —respondió Daniel.

—¿Quién?

—Mañana te cuento. Pero no le podés contar a nadie.

—¿Mila?

—¡Que no! ¡Que mañana te cuento!



—Bueno, prometido.

Miró la carta junto a él. ¿Qué pasaría cuando se la entregara? Tuvo miedo. *¿Y si me pega? ¿Y si se enoja y no me vuelve a hablar? ¿Qué tal si le dice a todo el mundo?*

Cuando salió el sol, antes de salir de su casa, guardó la carta en un cuaderno, sudando. Desde que Alex llegó, Daniel ya no corría por las mañanas para no llegar tarde al colegio. Ahora, tenía una razón para levantarse temprano y hacer las cosas con tiempo.

Al llegar, vio a Alex caminando hacia él, lo distinguió entre la multitud de muchachos. Sacó la carta del cuaderno. Cada vez estaban más cerca, más y más.

No estaba seguro de si entregársela, tenía miedo, pero estaba ese brillo que ya conocía en los ojos de Alex...
¿Y si me dice que yo también le gusto?





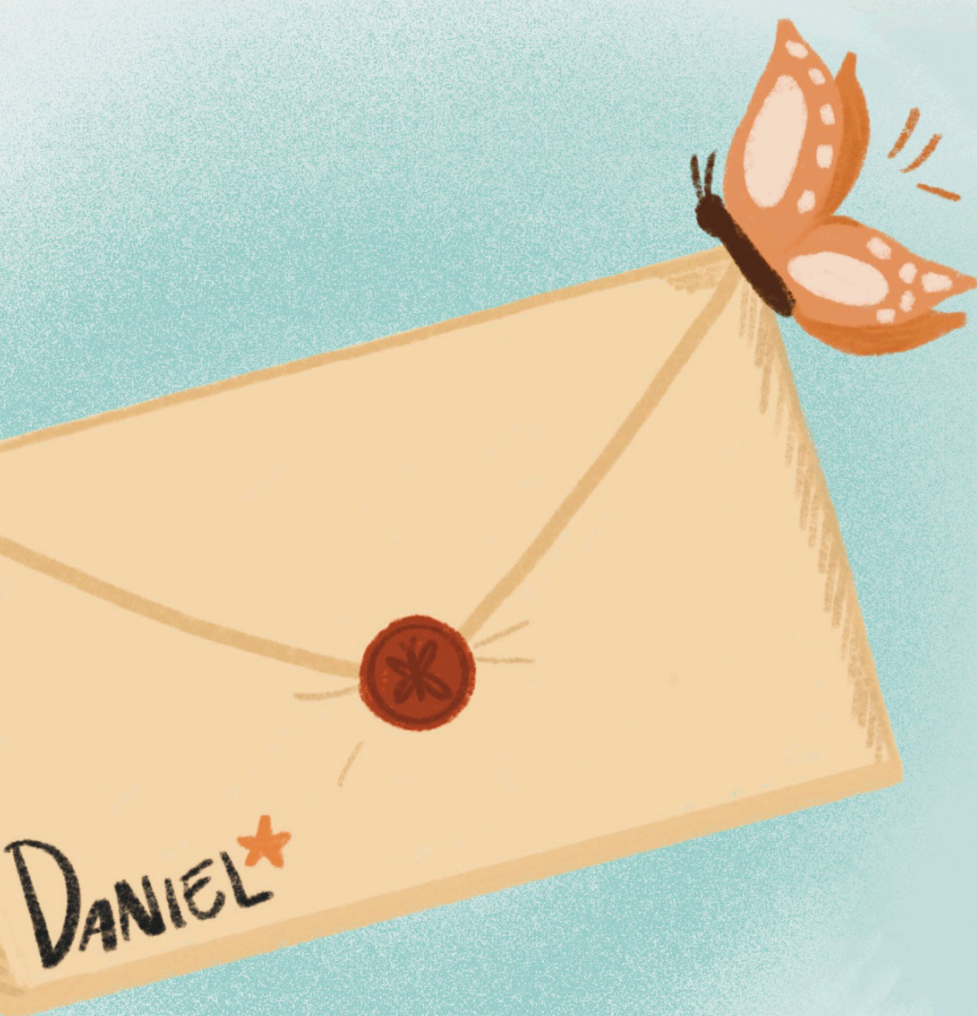
Esas cosas no pasan. Los niños no se enamoran de niños.

Cuando estuvieron frente a frente, Alex estiró su mano. Entre sus dedos había una carta. En el sobre decía: «Querido Daniel».

O sí.







MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación